

con cuatrocientos españoles y trescientos *esclavos negros* para continuar los descubrimientos.

A medida que se aparecía un país nuevo, la imaginación trasportaba allí sus delirios: en Cumana y en Caracas se exaltaba la riqueza de los países situados entre el Orinoco y el Río-Negro; en Santa Fe sólo se hablaba de las misiones de los Andalaquíes, y en Quito de las provincias de Macas y Meaxa. La California era un país muy desgraciado bajo un hermoso cielo; pero producía las perlas, cuya pesca atrajo un gran número de navegantes: cuando fueron agotadas volvió á quedar desierta la península, hasta que los jesuitas fundaron en ella algunos establecimientos y nos dieron los informes más completos acerca de este país. Hace poco se nos ha presentado como el país más abundante en oro.

Cortés hizo reconocer también la Nueva Galicia, descubierta al Nord-Oeste por Nuñez de Guzman. Despachó además otros buques para explorar las islas en el Océano Pacífico, gastando en estas expediciones hasta 300,000 coronas. De este modo confiaba contrarestar por medio de nuevas empresas, la envidia que había causado la primera, y obligar á Carlos Quinto á que le indemnizase de los gastos, ya que por sus nuevos méritos no le restituyese sus arrebatados dominios. Pero cuando

llegó á España no encontró sino una fría acogida y desprecios. ¿No había prestado ya bastantes servicios? podíase, pues, ser ingrato con él. Siguió á Carlos Quinto en su expedición á Argel, pero perdió todas sus joyas en un naufragio, y sólo pudo lograr salvarse á nado; le mataron enseguida en una batalla el caballo que montaba, y sin embargo, el emperador llegó hasta el punto de negarle una audiencia. Indignado de esta ingratitud brutal, atravesó un día la multitud, y adelantándose hasta el coche del emperador, que le preguntó quién era: *Yo soy*, le contestó Cortés, *el conquistador de Méjico; yo soy aquel que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos*. No se echa en cara impunemente á los reyes su ingratitud. Carlos Quinto le dejó morir oscuramente en Sevilla (18).

Motézuma y Guatimozin estaban bien vengados; pero era Carlos Quinto quien debía encargarse de esta misión?

(18) Vargas Ponce nos ha conservado la última carta llena de melancolía, en la cual espuso Cortés sus derechos al emperador (*última y sentidísima carta de Cortés*). Un secretario puso al márgen de ella: *Nada hay que contestar*.

CAPÍTULO VIII

PERÚ.

El feliz éxito de Cortés reanimó el gusto por las aventuras, que al parecer se iba disminuyendo, no pareciendo demasiado vasta ninguna esperanza ni demasiado atrevida ninguna empresa. Ya hemos dicho como Balboa, después de haber atravesado el istmo de Darien, fué informado de la existencia de un gran país al Sud, riquísimo en los metales, que era el único deseo de los europeos. Este país era el Perú; pero era muy difícil á los españoles establecidos en Panamá llegar á él, no sólo por la distancia considerable, sino también por las lluvias que eran torrentes en aquel clima abrasador, y por los bosques impenetrables que había que atravesar. Pedrarias Dávila, llegó á ser virey y asesinó á Balboa; pero en vez de los tesoros que él se imaginaba no halló sino disgustos, privaciones y unos aires malsanos, que le causaron la pérdida de trescientos de sus aventureros. Los restantes, sin disciplina ninguna, se burlaban de él y amenazaban á los caciques. Velasco por su parte era muy cobarde para emprender por sí el descubrimiento, y muy envidioso para consentir que otros lo hicieran; así es que trascurrieron algunos años sin adelantar nada en la expedición, hasta que la emprendieron llenos de decisión Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque. El primero nació fuera de matrimonio en Trujillo, provincia de Estremadura, fué porquerizo, y no conoció los sentimientos de humanidad ni de familia; más adelante se instruyó rudamente en las guerras de Italia, y por último se embarcó para América, donde adquirió tierras y dinero. Almagro tenía el valor de un veterano; pero le faltaba aquella confianza que lleva á cabo las empresas. Luque, rico eclesiástico y maestre-escuela, aspiraba á un episcopado, allí donde otros buscaban vireinatos. Los tres trabajaron en unión, poniendo Pizarro la audacia y los otros dos los recursos; se juraron solemnemente, comiéndose entre

los tres una hostia consagrada, no faltar á la fe y lealtad prometida, y Pizarro partió sin saber por qué mar, con una nave y ciento veinte hombres.

Se encontró con la peor estación, y con que su embarcación no hallaba más que pantanos y bosques inaccesibles; él permanecía resuelto; pero las dificultades y las enfermedades desanimaron á sus compañeros, que después de tres años de errores se volvieron en medio de las burlas y oyendo lo que les estaba bien merecido. Ya antes de esto se inventaban en Panamá cantares á su costa, en los cuales se llamaba á Pizarro verdugo, á Almagro el mercader, porque facilitaba las provisiones, y á Luque, Fernando el loco. El gobernador, Pedro de los Ríos, prohibió el llevarse hombres para semejantes empresas y mandó volver á los que habían marchado. Pero Pizarro no desanimado aun, señaló con la espada una línea en la tierra, y exigió la pasase inmediatamente el que renunciase á las esperanzas de los tesoros que él prometía. Todos la pasaron menos doce que permanecieron con él y con los cuales permaneció sufriendo mil contratiempos y la miseria más espantosa en la isla de Gallona, aumentándose cada vez más su valor. Bien pronto recibió de Panamá una nave y salió para el Perú que descubrió al fin á los veinte días.

Al descubrir por todas partes señales de la industria y de las comodidades de la vida, campos cultivados y habitantes bien vestidos, comprendió que no tenía que habérselas con una horda de bárbaros, y que no podría establecerse allí con la poca gente que llevaba; en vista de lo cual regresó, refiriendo estas buenas noticias. No quedaban bastantes fondos á los tres asociados para proseguir la empresa; pero su valor y su obstinación estaban lejos de ceder. Pizarro pasó á España y allí prometió montes y maravillas. Fué oído por el rey y

se le nombró gobernador y capitán general de todos los países que pudiese ocupar, sobre una extensión de doscientas leguas al Sud del río Santiago. Cortés le suministró de su bolsillo algunas sumas de dinero y se le unieron algunas de sus parientes. El obispado se asignó á Luque, y Almagro á quien sólo se le reservó el mando de una fortaleza, concibió por esto un vivo despecho, pero se consiguió por fin apaciguarlo, y muy pronto se renovó la alianza entre los tres asociados (1).

Hombres de este temple inspiraban, sin embargo, poca confianza; así es que se presentaron pocos voluntarios para una expedición tan arriesgada, y sólo se pudieron reunir tres barcos pequeños con ciento veinte personas y treinta y seis caballos. Mientras que Almagro permanecía quieto reclutando gente, partió Pizarro, que á los trece días arribó á la bahía de San Mateo, desde donde, dirigiéndose hácia el Mediodía, llegó á una ciudad tan rica en oro y plata, que no le quedó ninguna duda acerca del éxito feliz de su empresa. Envió al momento á Panamá y á Nicaragua una muestra de estos tesoros, lo que bastó para atraer á su lado á un gran número de aventureros. Marchó entonces hácia la capital anunciándose como embajador de un soberano poderoso, y diciendo que los pocos hombres que le acompañaban no anunciaban por su parte intenciones hostiles.

La primera palabra que oyeron pronunciar los españoles en el país, hizo que le diesen el nombre de Perú. Contaban los naturales que sus antepasados habían hecho una vida salvaje, hasta que el Sol, su padre, compadeciéndose de ellos, les había enviado seres sobrehumanos para instruirlos. La tradición varia aquí, según los países y aun según las personas: la más general á lo que parece, designa á Manco-Capac, que habiendo venido del Norte con Mama Oella su mujer y su hermana, fundó á Cuzco, capital del reino, sometió y civilizó

(1) Además de las historias generales y de las colecciones de Ramusio, Herrera, Gomara, Acosta, etc., se pueden consultar las obras siguientes:

Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamado la Nueva Castilla... enviada á su majestad por FRANCISCO DE JEREZ, uno de los primeros conquistadores. Sevilla, 1535.

Crónica del Perú, que trata la demarcación de sus provincias, etc., fecha por PEDRO DE CIEZA DE LEON. 1553. En ella asegura que anduvo mil y cien leguas á pie para no decir cosas de que no estuviese cierto.

AG. DE ZÁRATE.—*Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú.* Amberes, 1555.

Comentarios reales escritos por el Inca GARCILASO DE LA VEGA, natural de Cuzco y capitán de su majestad. La primera parte publicada en Lisboa en 1609, trata del origen de los Incas, de su religión, leyes, gobierno, vida, conquistas, y de todo lo que se refiere á ellas antes de la llegada de los españoles. La segunda parte, publicada en Córdoba en 1616, trata del descubrimiento del país y de las guerras civiles.

los pueblos inmediatos, y comenzó la raza de los Incas, que reinó sin interrupción en este país.

Estas tradiciones fabulosas merecen menos atención que los monumentos de que está lleno el reino, los cuales anuncian una civilización muy antigua. Había en Tiauanacu palacios y estatuas destruidas, así como moles de piedras enormes. En la orilla del lago Chucuito se veía una plaza de quince brazas en cuadro rodeada de casas, con dos pisos y una sala cubierta, de cuarenta y cinco pies de longitud y veinte y dos de latitud, todo de una sola pieza; además todo estaba lleno de estatuas. Estas construcciones se atribuían á una nación en la cual no se afeitaban los hombres y llevaban trajes diferentes á los vestidos modernos, y anterior con mucho á los Incas. ¿Se debe creer que los peruanos hubiesen vuelto al estado salvaje después de una civilización anterior? ¿Descendían de su raza los que los instruyeron de nuevo, simbolizados en Manco-Capac?

Manco-Capac consiguió atraer sin gran trabajo los pueblos inmediatos á una sociedad regular; les enseñó el culto del Sol, y el cultivo de los campos. Puso á la cabeza de cada pueblo un *curaca* para gobernarlo, elevó un templo al dios que lo había enviado é inspirado, y destinó á su servicio vírgenes consagradas. Manco-Capac concedió á los peruanos una tonsura particular en la cabeza, una especie de faja al rededor de ella y grandes pendientes como él usaba, cuyos adornos llegaron á ser un distintivo nacional. Se casaban entre hermanos para que permaneciese sin contaminación la estirpe del Sol. Su primogénito Sinchi Roca, ordenó el país bajo el punto de vista político, y emprendió la conquista de los pueblos cercanos, no como guerrero, sino como el Baco antiguo ó como los misioneros modernos para civilizarlos; fundó algunas poblaciones y arregló la administración. Sus sucesores, ya pacíficos, ya guerreros, extendieron y consolidaron su poder, aboliendo en todas partes la idolatría y construyendo magníficos edificios y hermosos caminos.

Uno de los Incas había recibido estando durmiendo, los consejos y predicciones de un viejo, que, al revés de lo que se usaba en el país, llevaba grande barba y largos vestidos, habiéndosele anunciado como hermano del Sol, bajo el nombre de Viracocha. En recuerdo de esta visión, elevó el Inca un templo de piedra labrada de ciento veinte pies sobre ochenta, con cuatro puertas que se abrían á los cuatro puntos cardinales y enteramente descubierto, en el cual se colocó la estatua del Inca que se había aparecido al príncipe. Un nuevo Viracocha edificó otros palacios y ciudades, y dió al país buenas instituciones. Predijo que muy pronto vendría una gente desconocida á destruir el imperio y la religión. No contribuyeron poco al triunfo de los europeos esas coincidencias y profecías, pues asemejándose en la barba y en el traje á Viracocha, fueron designados con este nombre y acogidos desde el principio como enviados

del cielo, y después tenidos como un mal inevitable.

Cada uno de estos pueblos tenía un modo distinto de bailar y una manera diferente de arreglarse la cabeza. En los días solemnes, formaban una rueda en la gran plaza de Cuzco cogiéndose de la mano, en número de trescientos algunas veces; después iban al centro del círculo uno tras de otro para ejecutar allí un baile á su manera, y para cantar alabanzas al Inca.

Huyana mandó construir, cuando nació su hijo, una cadena de oro que podía rodear toda la rueda; tenía setecientos pies de longitud, y su peso era tal, que apenas podían llevarla doscientos hombres robustos. Esta cadena (objeto de desesperación para los españoles que no pudieron nunca encontrarla) dió al recién nacido el nombre de Huascar, cuya palabra significa cadena.

Gobierno.—Tomamos estos detalles de Garcilaso de la Vega, descendiente de los Incas, quien los había oído á un viejo abuelo suyo, poco tiempo después de la conquista. Pero él ha aumentado los cuentos de la tradición y de la superstición embelleciéndoles para conformarse al uso común entonces en España. No se cuida de separar lo verdadero de lo falso, lo cual le hubiera sido muy fácil con el conocimiento que tenía de la lengua, en una época en que aun sobrevivían tantos recuerdos borrados después por el tiempo y por la dominación extranjera.

Sin embargo, por sus escritos, los de sus contemporáneos y por los monumentos que han sobrevivido, estamos bastante instruidos de lo que era el pueblo del Perú para conocer que estaba muy bien preparado para la civilización. Los Incas gobernaban con un poder absoluto, algo parecido á la teocracia, y la desobediencia se consideraba como una impiedad, y sólo los miembros de su familia ejercían los empleos importantes, así como el sacerdocio; cuatro lugartenientes gobernaban los cuatro principales distritos, y cada uno de ellos estaba auxiliado por un consejo de Incas, lo mismo que el emperador, á quien daban cuenta de sus actos. Los curacas, gobernadores hereditarios de las provincias, formaban una nobleza de segundo orden, y todos los años enviaban al rey un presente del oro, pedrería, maderas preciosas, bálsamos, tintura y otras producciones que no se usaban en la vida común. Los curacas debían ir á Cuzco cada dos años para dar cuenta de su administración; enviaban también á esta ciudad sus hijos mayores para instruirlos en la lengua, usos y leyes. En los caminos había en cada milla cabanas con cinco ó seis hombres, que trasmitiéndose unos á otros las noticias, las llevaban rápidamente á la corte, ó de ésta á los curacas.

Tenían un registro de la población; cada diez familias tenían un jefe, otro cada cincuenta, otro cada ciento y así cada quinientas y cada mil; estos jefes organizados gerárquicamente, debían responder de las personas que dependían de ellos. Los

padres eran castigados cuando cometían alguna falta sus hijos, lo cual producía una tiranía doméstica de las más terribles. Se prodigaba la pena de muerte, y hasta se aplicaba al juez que había interpretado mal la ley. La opinión en que estaban los peruanos de que la menor falta era un ultraje á la divinidad, los inducían á denunciarse unos á otros; además los jefes de familia estaban obligados á denunciarles todos los delitos. Las leyes no dejaban nada al arbitrio del juez, que si las interpretaba mal, era castigado con la pena de muerte.

Su moral se reducía á tres prohibiciones: á no ser ladrones, viciosos, ni embusteros. Como estaban persuadidos de que los desastres públicos y privados provenían de los crímenes cometidos, iban á denunciar á los jueces aun aquellos que cubría el secreto; y si hemos de creer á Vega, todo lo más que se cometía en un territorio tan vasto en todo un año, era un delito punible. No es, pues, extraño que Acosta considere á los peruanos como superiores á los griegos y á los romanos en cuanto á sus instituciones políticas.

Los únicos propietarios eran el Sol, el Inca y los concejos. Así que á falta de posesiones privadas todos los trabajos se hacían en común, y aun los particulares estaban obligados á cultivar las tierras del Inca y del Sol, practicándose lo mismo respecto á los puentes, caminos, fabricación de armas y demás necesidades del gobierno. Los hijos del Sol cultivaban también un campo cerca de Cuzco, á lo que llamaban triunfar de la tierra. Estaban muy adelantados en el cultivo de los campos, y habían sabido dirigir las aguas por medio de canales á los terrenos arenosos en que nunca llovía, arreglando el nivel de aquellas y su distribución. Sostenían los terrenos montuosos con muros de piedras y los abonaban con el excremento de los pájaros y con los pequeños pescados que arrojaba el mar.

Se citan leyes muy sabias de estos reyes *barbaros*, que, como dice Acosta, consideraban como su principal riqueza el amor y las bendiciones de sus súbditos. Regia los concejos un estatuto municipal, y estaba prohibido el uso de los metales preciosos y de las piedras por un reglamento suntuario; los habitantes de cada cantón, bajo la presidencia de los curacas, se reunían dos ó tres veces al mes en un banquete y se divertían todos juntos, sin escluir á los pobres. Había destinados almacenes públicos para alimentar y vestir á los ciegos, mudos, sordos, estropeados, viejos, enfermos y á cualquiera que no podía trabajar. Los que estaban debilitados por la edad, los mantenía el concejo, y se les encargaba espantar los pájaros de los campos sembrados. Los que se distinguían por sus virtudes públicas ó privadas, obtenían trajes contruidos por las personas de la casa real. Nadie estaba dispensado de trabajar después de cumplir cinco años, debiendo cada uno hacerse sus vestidos, su casa y sus instrumentos de agri-

cultura. Las puertas de las casas debían estar abiertas en las horas de descanso, á fin de que los jueces pudiesen entrar y ver lo que pasaba en ellas.

Es evidente, pues, que el legislador del Perú quiso obrar sobre las masas reformándolas con el auxilio de una obediencia casi monástica. Los hombres estaban reducidos á la condicion de máquinas animadas y divididas en castas, cada una de las cuales se había consagrado á un trabajo determinado, sin poseer nada propio, pero produciendo en beneficio de la comunidad, sistema muy favorable para la ejecución de grandes obras, más no para el progreso, que no puede nacer sino de los esfuerzos de la libertad individual.

Ningun país puede vanagloriarse de poseer caminos más hermosos, pero las únicas bestias de carga que tenían era el llama y el huanaco, que servían para muy poco. Los ríos y los vallados se atravesaban por medio de puentes formados muchas veces de cuerdas tirantes, por las cuales se escurrían los viajeros metidos en una cesta. Los restos de los canales, diques, fortificaciones formadas de grandes montones de piedras, y otros objetos de sorpresa para los conquistadores, escitan todavía la admiración. La mayor parte son de construcción ciclópea. Se encuentran, en efecto, en los edificios peruanos grandes montones de piedra colocados á mucha altura, pero no sabían labrar las piedras, limitándose á arreglar la piedra inferior para que la superior encajase bien, operación muy difícil y fastidiosa. La fortaleza de Cuzco, principalmente, era maravillosa; estaba construida con peñascos de que no es fácil formarse idea, sacados y llevados á aquella elevación por el solo esfuerzo de miles de brazos. No conociendo el ladrillo, ni la cal, ni la bóveda, ni la carpintería, no sabían armar los techos, ni procurarse comodidad. Esculpian muy toscamente, mas sin embargo, no carecían de elegancia y finura los vasos encontrados en sus sepulcros. Recogían el oro en los ríos, sacaban la plata de las minas, pero sólo en la superficie de la tierra, y sabían fundir el mineral. El cobre mezclado con el estaño, les servía para hacer los instrumentos destinados á trabajar las materias duras.

Cuando moría un Inca, se tapiaba la habitación que había ocupado en cada uno de los palacios, con los muebles y todo, y se preparaba otra para su sucesor. Con objeto de que las solemnidades no fuesen turbadas por la intemperie los Incas tenían en sus palacios estensos salones que podían contener varios millares de personas, cubiertos de madera. El interior del palacio real resplandecía de pedrería, metales preciosos, tapices y figuras de hombres y animales. Los utensilios para todos los usos de la vida eran allí de oro y plata: encontrábase también soberbios jardines, baños, esquisitas mesas, aunque generalmente eran muy sóbrios. El rey salía sentado en una silla de oro, y los hombres de cierta provin-

cia tenían obligación ó el privilegio de llevarle, así como los de otras desempeñaban á su intermediación otros servicios. La caza les era reservada, como también á los gobernadores ó curacas.

Los miembros de la familia real debían á la edad de diez años, para obtener la categoría de Inca, ser sometidos á la prueba de un ayuno de seis días, tan riguroso, que todo el alimento consistía en un puñado de granos de maiz. El que no podía soportarle era desechado; el que, por el contrario lo sufría hasta el último, pasaba después de haberse hartado, á la prueba de la carrera, del pugilato, de la lucha, del tiro de piedras y flechas y de la más ruda disciplina. Cuando había salido de ellas con honor, su madre y hermanas le calzaban las sandalias con cordones trabajados por sus propias manos; era después presentado al emperador de quien recibía la banda de tela de algodón; y este acontecimiento se celebraba con fiestas. El mismo heredero presuntivo no estaba exento de estas pruebas.

Los peruanos conocían muchas sustancias medicinales, entre las cuales citaremos la quina. Tenían nociones de astronomía, aunque sólo las aplicaban al sol, á la luna y á Venus, y habían dispuesto ocho torres por parejas, de manera que el sol se elevase entre ellas en los solsticios y en los equinoccios. Poco sabemos de su calendario. No sólo calculaban con sus *quicos* ó cordeles con nudos, sino que también conservaban el recuerdo de los acontecimientos, variando los colores y los hilos con gran destreza.

Representábanse comedias y tragedias en las fiestas de la corte, y cantos celebraban las acciones de los héroes ó espresaban las afecciones del alma. Pero estos pueblos, que ignoraban la escritura, no pudieron hacer grandes progresos (2).

(2) De la Vega, para dar una idea de la dulzura de la lengua *quechua*, la principal del Perú con la *aymara*, refiere un himno compuesto por los sacerdotes en honor de Maria.

Ma-mal-Ica,
Soo-mak,
Nooste-alya,
Kancha-rene,
Inte-tapas,
Kul-ya-tapas,
Koil-ya kooná-tapas.

«Mi dulce madre, mi joven y hermosa princesa, sois tan brillante como el sol, la luna y las estrellas.»
Refiere también canciones como ésta:

Cayla Llapi
Punnunqui;
Chauptuta
Gamusac.

«Con la canción te dormirás; yo llegaré á media noche.»
En nuestros días los jefes de la revolución de Chile, di-

Cada provincia tenía su lengua particular; pero á medida que eran conquistadas se obligaban á aprender la del Cuzco. La corte hablaba un idioma particular, desconocido á los demás habitantes.

Los peruanos tributaban culto al sol, considerado sólo tal vez como el ministro supremo del todopoderoso Pachacamac; pero en lugar de sacrificios humanos le ofrecían conejos, harina y frutos. Mil quinientas vírgenes reclutadas entre las familias de los Incas les eran consagradas, y vivían como enclaustradas, sin ver á más hombres que al emperador; y aun teniendo éste cuidado de no presentarse en el venerado recinto. Se ocupaban en trabajar las obras más finas, preparar los objetos necesarios al culto y mantener el fuego sagrado. Si les acontecía manchar su pureza, eran enterradas vivas, y tanto su familia como la de su cómplice esterminadas. Otros conventos estaban diseminados por el reino, y se recibían en ellos á doncellas de todas clases, con tal que fuesen hermosas; el rey elegía entre ellas sus concubinas.

Además del sol, los peruanos adoraban diversos ídolos, á quienes tenían por oráculos; eran grandes piedras esculpidas, y á veces pedazos de madera colocados sobre cogenes muy ricos; estas divinidades tenían sacerdotes y riquezas propias. Además, una piedra erigida en medio de cada aldea era considerada como la deidad tutelar del lugar, é invocada tanto en las circunstancias desastrosas como en las prosperidades.

Los matrimonios se celebraban en épocas determinadas, según la voluntad del Inca ó de los curacas, y siempre entre parientes ó conciudadanos. Una vez casada la mujer, salía poco de su casa donde se ocupaba en hilar y en tejer. El destete de las criaturas se celebraba con una solemnidad doméstica; su educación se verificaba después con dureza. Los muertos se colocaban en la posición de una persona sentada, y encerrados con todos sus vestidos en sepulcros tapiados ó en el subterráneo de la familia: se construía á veces encima un túmulo ó una pirámide. Se encerraban frecuentemente con el cadáver del Inca sus servidores, y las mujeres que más había amado. El luto de la nación se prolongaba por espacio de un año, acompañado de peregrinaciones, lamentaciones y ofrendas.

La mansedumbre respira en todos los actos de los peruanos, hasta en sus guerras emprendidas para civilizar á los vencidos y aumentar el número de los adoradores del sol. Pero Humboldt nota

que rigieron en aquella lengua á los habitantes del Perú una proclama, invitándolos á insurreccionarse en nombre de Manco-Capac, de Yupanqui, de Pachacutec. Se insertó en el *Journal of residence in Chile*, de Maria Graham:

En la *Nueva historia del Perú*, según la relación del padre Diego de Torres, pág. 5, se hace mención de una buena gramática de la lengua *aymara*, compuesta por un padre italiano y publicada en Roma.

que había en el Perú una riqueza general y poca felicidad privada, resignación á los decretos reales más que amor á la patria, obediencia pasiva sin valor para las empresas atrevidas, un espíritu de orden extendido á las acciones más indiferentes de la vida, y ninguna grandeza de ideas, ninguna elevación de carácter. Las instituciones más complicadas que proporciona la historia de la sociedad humana, habían sofocado allí la libertad individual, y para hacer á los hombres felices se les había reducido al estado de estatuas.

Tal era el país que Pizarro se disponía á recorrer y conquistar. Huaiana-Capac, duodécimo emperador, había sometido el feroz reino de Quito, que le fué deudor de la civilización, de los caminos y de los canales. Aunque los Incas no pudiesen unirse más que con vírgenes de su sangre, se había casado con la hija del rey destronado, la había preferido á cualquier otra, como también al hijo que había tenido de ella, Atabalipa (Atahualpa), á quien dejó al morir el reino de Quito. Fué un germen de enemistad entre aquel príncipe y su hermano, el nuevo Inca Huascar, que, vencido, fué cogido en su capital. Atabalipa sometió también á los voluptuosos y feroces habitantes de Tumbes, cuya ciudad embelleció con palacios y templos. Otro tanto hizo con la isla de Puna, hasta entonces indomable; pero no tardó en sublevarse, asesinando las guarniciones del Inca. La terrible venganza que ejerció fué el asunto de los cantos nacionales. Subyugó y civilizó además otros pueblos, pero estas expediciones le costaron torrentes de sangre.

Atabalipa, después de haber dado audiencia á la embajada de Pizarro, le envió regalos y le dejó adelantarse sin obstáculos hasta Caxamalca. Hasta quiso salir á su encuentro para visitarle y desplegar su magnificencia. Llegó precedido de cuatro correos, llevado en una rica litera forrada de plumas de papagayo, vestido con un traje de plumas sujeto con broches de plata y oro, con una comitiva de cortesanos, con un aparato no menos espléndido. Detrás de ellos iban cantores, danzantes y hasta treinta mil soldados.

Todo entre ellos era ruido y aplausos entre los indios, al paso que un sombrío silencio reinaba en las filas de los españoles, dispuestos en buen orden por Pizarro. Teniendo á la vista el ejemplo de Cortés, se resolvió á imitarle, sacrificando al éxito la buena fe y la lealtad. Habiéndose adelantado á algunos pasos de la tropa el capellán Valverde, habló en el sentido habitual, esponiendo al Inca cosas incomprensibles para él, escepto cuando concluyó su discurso invitándole á hacerse cristiano y vasallo de la España. Apenas contestó Atabalipa con una justa indignación á semejante salida, cuando Pizarro, á la cabeza de un puñado de gentes de las más resueltas, se arrojó á él, derribó todo lo que se le resistía y le hizo prisionero, recogiendo un botín capaz de sobrepujar la más avara esperanza. De esta manera fué como la perfidia y la

audacia, ayudadas de la superioridad de las armas, entregaron un poderoso imperio al poder de un aventurero, cuyo total de fuerza consistía en ciento sesenta hombres y tres cañones. No perdió ni un soldado en la matanza de cuatro mil indígenas.

Cuando sus enviados fueron á explorar el reino, donde por todas partes fueron bien acogidos, en ejecución de las órdenes que Atabalipa era forzado á dar, encontraron á Huascar, que les dijo declarasen á Pizarro que su hermano no podía darles bastante oro para satisfacerles sin despojar los templos, pero que él se comprometía si querían darle la libertad, á procurarles tanto como quisiesen de los tesoros de su padre que había ocultado. Informado Atabalipa de aquella oferta, le mandó matar, conociendo después que la única pasión de los españoles era la sed de oro, les prometió si le devolvían la libertad, llenar de él la sala donde estaban hasta donde alcanzase su mano, y esta sala tenía veinte y dos pies de largo y diez y seis de ancho. Dedicáronse entonces á llevar montones de oro; y ya había sobre sesenta y cinco millones, cuando los conquistadores, no pudiendo ya contentarse, se arrojaron sobre aquella enorme presa y se la dividieron. Cada ginete recibió doscientos mil francos, cada infante un quinto. Considerando entonces muchos de ellos que ya habían ganado bastante, pidieron volver á su patria, y Pizarro los dejó ir á condición que divulgarían el hecho. Desde este momento todo empezó á encarecer estrechamente en Europa.

Aquellos felices aventureros no por esto devolvieron la libertad á Atabalipa. Cuéntase que el arte de la escritura causó sobre todo gran sorpresa al cautivo, y que habiendo hecho escribir en su uña el nombre de Dios, le enseñó á varios soldados que todos lo leyeron del mismo modo. Sólo Pizarro no pudo hacerlo enteramente, ignorante como era. Como Atabalipa manifestó desprecio hacia él, el jefe español juró vengarse, y cuando vió que ya no tenía nada que sacarle, pensó en quitarle la vida. Como si quisiesen hacer burla de los tribunales de Europa, muchas veces no más justos pero sí más ordenados, instruyeron un procedimiento contra el desgraciado Inca y le condenaron á ser quemado vivo; pero se contentaron con estrangularle cuando consintió en recibir el bautismo. La corte de España que había perseguido al magnánimo Colón, ensalzó hasta las nubes á Pizarro, que le envió en oro triunfantes justificaciones, y añadió setenta leguas de costas al territorio que se le había concedido.

Entre tanto, Pizarro había conseguido, después de varios combates y con ayuda de perfidias, apoderarse de Cuzco, la capital de los Incas. Esta ciudad está situada en la cima de una montaña; sus largas calles están todas cortadas en ángulo recto, dos ríos con magníficas calzadas corren por ambos lados y está defendida con formidables castillos. La ciudadela estaba construida de enormes

pedruzcos irregulares, rodeaba una triple muralla, y la puerta estaba cerrada con una piedra desmesuradamente grande. La torre redonda de la ciudadela que servía de aposento á los Incas cuando iban allí, era magnífica; sus paredes estaban revestidas de planchas de oro y de plata, con efigies de animales y plantas. Los monarcas habían obligado á algunos de los salvajes sometidos, á construir en los arrabales de Cuzco habitaciones como las que usaban en el país de que procedían, los orientales al oriente, los meridionales al mediodía y así los demás, y á medida que se extendía el imperio, nuevos súbditos iban á añadirse á los precedentes en posiciones que coincidiesen con la geografía de su país natal, todos con sus trajes y usos de vivir, de manera que se podía ver allí como un compendio de aquel estenso imperio.

La magnificencia del templo del Sol, era superior á todo lo que es posible imaginar. Las paredes estaban revestidas de planchas de oro: veíase en el altar principal la figura del Sol sobre una plancha doble gruesa que las demás, y extendiéndose desde una pared á otra. En ambas partes estaban colocados los cadáveres embalsamados de los Incas, sentados en tronos de oro, por orden de fechas. Las diferentes puertas del templo eran de oro, y desde allí se entraba en un claustro de cuatro frentes, sobre el cual había, como también sobre el templo, una guirnalda de oro de un metro de ancho. En su rededor había cinco pabellones cuadrados, terminados en pirámides. Uno de ellos estaba dedicado á la luna, mujer del sol, todo de plata recibía los restos de las reinas; otro consagrado á Venus, á las pleyadas y á las demás estrellas; otro al trueno, al relámpago y al rayo; el cuarto al arco iris; el último estaba reservado al gran sacerdote y á los sacerdotes elegidos en la familia del Inca, que daban audiencia allí, y deliberaban sobre las cosas del culto.

De Cuzco partían dos magníficos caminos que se prolongaban hasta Quito en una extensión quinientas leguas; el uno en una llanura á lo largo del mar; el otro por las montañas donde los valles habían sido terraplenados, las rocas niveladas y construído de distancia en distancia hospicios, templos y fuertes; se habían también dispuesto situaciones convenientes, elevadas plataformas donde podían subir los que llevaban al emperador, con el objeto de que pudiese gozar allí una perspectiva admirable.

Después de la muerte de Huascar, Manco-pac que debía sucederle, se resignó á sufrir el vasallaje de los españoles para ser reconocido emperador; y sugirió la obediencia á sus súbditos que eran inclinados á ella por la tranquilidad de su natural; así es que fué escuchado fácilmente. Habiendo ido á España Hernando, hermano de Francisco Pizarro, para justificar la conquista, había prometido á Carlos Quinto una enorme suma en cambio de los favores concedidos á su hermano. Pero este conquistador halló estraño que des-

de una expedición verificada por sus consejos, á su costa y riesgo, no bastase lo que había enviado, que fuese preciso para saciar á un emperador remoto y á ociosos cortesanos, entregarles riquezas destinadas tanto á indemnizarle á él como á sus soldados, y á fundar ciudades y colonias. Hernando, por no faltar á su promesa, hizo que el Inca hiciese un considerable regalo á la España; medio cierto, le decía, de recobrar sus títulos y obtener seguridad. Siguióse el consejo, pero sin resultado, porque los aventureros se entregaron luego al saqueo.

«Al principio, dice Gomara, arrancaron la plata de las paredes de los templos, violaron los sepulcros para coger los vasos de oro y plata que encerraban, robaron á los ídolos, saquearon las casas, las fortalezas donde los Incas habían reunido inmensos tesoros. Pero aun no estaban satisfechos los españoles, y cuantas más riquezas descubrían, más sed de ellas tenían. Aspiraban sobre todo á apoderarse de los tesoros de Huascar y de los demás principales señores de Cuzco; pero no lo pudieron conseguir, ni hubo indio que lo declarase aunque á muchos dieron tormento.»

Luque había muerto antes de recoger los frutos de la empresa; Almagro, cuyos consejos respiraban siempre ferocidad, se dispuso á conquistar la costa que se le había designado por la corte de España, es decir, Chile. Mucho tuvo que sufrir en el camino á través de las montañas, de la crudeza de un clima riguroso; hombres y caballeros perecieron de hambre y frío. Encontró después hacia el Mediodía salchichas robustas y feroces, que vestidos de pieles de lobos y lobos marinos, oponían una vigorosa resistencia, y volvían á la carga después de haber sido batidos.

El emperador había asignado á Pizarro la *Casilla de Oro* hasta la línea, y á Almagro doscientas leguas más allá, bajo el nombre de reino de Toledo. Cuzco se encontraba entre estos dos territorios, y resultó de ello que los dos conquistadores comenzaron á disputarsele. Después de haber sido reducido prontamente Chile á la obediencia, habiéndose pasado por enviado de los Incas. Almagro volvió apresuradamente por la playa, donde sufrió un calor excesivo, contrario á lo que había experimentado en el otro camino. Encontró á su llegada á los peruanos insurreccionados por todas partes contra sus opresores, que tarde habían aprendido á reconocer, y parecía llegado el momento en que un número podría, en fin, obtener venganza de aquellos avaros salteadores. Animados por Manco-pac, se habían apoderado de la mitad de la ciudad, mientras que Pizarro, sitiado hacia nueve meses de valientes. Habiendo hecho huir Almagro ó añadido á los naturales, consiguió hacer á su rival prisionero, y se hizo dueño de la rica ciudad. Los vencidos pudieron consolarse de sus males viendo á los conquistadores desenvainar el sable unos contra otros. Achacoso Almagro por la

edad, quedó vencido, y prisionero á su vez fué condenado á la horca. Espantado con la ignominiosa muerte que le aguardaba, él que tantas veces la había desafiado en el campo de batalla, se deshonró implorando la piedad de Pizarro, que como él, no había conocido jamás este sentimiento. Sólo se encontró á un desgraciado negro para tributarle los últimos deberes. Manco-Capac se retiró á los Andes, y con él concluyó el imperio de los Incas.

Las riquezas no produjeron la prosperidad. La abundancia del oro hizo encarecer los demás objetos. La pasión del juego llegó á empobrecer á aquellos que la víspera nadaban en la opulencia, y la corrupción se desencadenó con desvergüenza sin igual. No sólo Pizarro había oprimido hasta el exceso á los naturales, sino que también había descontentado á los colonos, y en la partición de los territorios y de los indígenas, los partidarios de Almagro habían sido escluidos; de aquí procedió una grande irritación. Agrupándose, pues, en rededor del hijo de Almagro, se amotinaron, dieron muerte á Pizarro, y se dedicaron á perseguir á sus partidarios, tratando de arrancarles con tormentos las riquezas que pretendían debían poseer. Desde este momento se envenenaron los odios; los nuevos gobernadores, no tenían ni talento ni autoridad, y si les acontecía á veces querer proteger á los indígenas, incurrian en la indignación de los españoles; y Diego Almagro, que se rebeló abiertamente, fué cogido y entregado al suplicio. Así era el cadaíso la apoteosis reservada á los conquistadores, que demasiado habían merecido su suerte.

Reconociendo Carlos Quinto la importancia del Perú, decidió que todas las tierras pertenecían á la corona, á la cual debían volver á la muerte de los primeros feudatarios; declaró además que á los esclavos se les devolviera la libertad, y que los demás naturales podían á precio de dinero rescatarse de los trabajos que les estaban encargados. Blas Nuñez de Vela que llegó al Perú, portador de aquella orden, quiso que fuese ejecutada sin modificación ni retardo; de esta manera se encontraron los nuevos propietarios desposeídos de repente, y varios oficiales fueron hechos prisioneros.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, que él mismo había conquistado países muy difíciles de someter, se puso entonces á la cabeza de los descontentos que se rebelaron, y se hizo reconocer en calidad de gobernador, después de haber sido muerto en una batalla el virey Nuñez. Se estableció en Lima, ciudad fundada por su hermano para ser la capital del país, y obró allí como rey, aunque se negase á tomar el título. Carvajal le aconsejaba se casase con una hija del sol, reconciliase á los peruanos y españoles y hacerse soberano independiente; pero no sabiendo ser criminal sino á medias, dejó á los españoles el tiempo necesario para tomar la iniciativa. No considerándose Carlos Quinto bastante libre en sus movimientos para anonadarle por la fuerza, recurrió á la perfidia.

Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, fué encargado por el emperador de llevar la seguridad de un perdón general á todo el que volviese al deber, y hasta conceder el vireinato á Pizarro; satisfecho «hasta con que el diablo lo tuviese, con tal que conservase las minas del Potosí. Si Pizarro se obstinaba, el enviado debía reclamar la ayuda de las colonias.»

Partió, pues, Gasca solo, de bastante edad y sin armas, para restablecer la paz en un país situado á mil doscientas leguas de su patria. ¿Pero cómo conseguirlo? Gonzalo creyó notar en sus procedimientos una aversión particular á él, y le obligó á pensar en los medios de hacerse obedecer por la fuerza. Estalló, pues, la guerra civil. Abandonado Pizarro por los principales oficiales, cayó, en fin, prisionero, y fué condenado á muerte, así como Carvajal. De esta manera es como Carlos Quinto, recompensaba á sus héroes; como la justicia divina pagaba con la ingratitud política las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Esforzose Gasca en dulcificar la suerte de los peruanos, en la imposibilidad en que estaba de dispensarles inmediatamente del trabajo. Ocupó á los descontentos en nuevas expediciones, en que pudo amortiguarse su ardimiento; y después de haber recompensado con largueza á los que le habían secundado, mandó á Carlos Quinto 1.300.000 pesos (3), volviéndose después pobre como antes á su piadosa oscuridad, de donde fué sacado para ser promovido al obispado de Palencia.

¿Cómo hubiera sido posible mejorar la suerte de un país en que no se buscaba más que oro, ó del oro dependían las traiciones y la fidelidad? Por su insensata política, la España escitaba los descontentos, prolongaba las venganzas y facciones; recurría después para reprimirlas á un régimen de terror, como si hubiera querido vengar con la sangre de los suyos la de los peruanos. Manco-Capac no había cesado de ser el objeto de un constante afecto por parte de los peruanos, hasta el momento en que fué muerto por un español en una refriega. Sus dos hijos parecieron peligrosos al rey, y ordenó que Sairi-Tupac, el sucesor, se entregase en sus manos. No tardó en morir. Su hermano Amaru-Tupac, habiéndose á su vez negado á ir, fué sitiado, preso y decapitado. Con él pereció la última esperanza de los peruanos, que quedaron presa de una partida de avaros extranjeros, y se doblegaron á su yugo, dóciles como eran, hasta el punto de no tener valor ni para quejarse. La ejecución de las órdenes dadas para abolir las reparticiones y la esclavitud se difirió por mucho tiempo; pero en fin, tuvo por efecto la formación de los ayuntamientos. Sin embargo, era muy difícil á tan gran distancia refrenar en sus excesos la avaricia de los particulares.

Un reino con exceso de población se vió reduci-

(3) Los pesos de entonces equivalían al luis.

do á una de 3.000.000 (4), y obligado á recurrir al trabajo de los negros, lo cual hizo que la industria y la agricultura pudiesen. Los grandes monumentos que acababan de concluirse á la llegada de los conquistadores, se arruinaron; pero los peruanos no olvidaron á los hijos del sol, y de tiempo en tiempo se proclamó un nuevo Inca, como aconteció en 1742. Cuarenta años después, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Amaru-Tupacso, cacique de Tungasuc en el alto Perú, cuya educación se había hecho en Cuzco por los jesuitas, tomó el nombre de Amaru y se puso á la cabeza de sus compatriotas, que oprimidos hasta el exceso, se sublevaron contra los españoles. Pero dominado por sus pasiones, carecía de la resolución necesaria en un jefe de rebelión. En lugar de conciliarse á los criollos, que odiaban á los españoles, los trató como á enemigos: de todos modos se sostuvo más de un año, rodeado de la multitud de peruanos, cuyos recuerdos había despertado, oponiendo á la disciplina un valor desesperado. Hecho, en fin, prisionero, fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos; después, luego que se le cortó la lengua, fué arrastrado por cuatro caballos. Su casa fué arrasada y toda su familia condenada á muerte ó desterrada. Perdieron los indios los privilegios que les quedaban: se abolieron sus fiestas ó reuniones, y se prohibió á todo peruano el tomar en adelante el título de Inca.

Aquella feroz ejecución, que manifestaba que los españoles no habían degenerado de la barbarie de sus padres, hizo la resistencia aun más encarnizada. Andrés, primo de Amaru, para ganar sin cañones la ciudad de Gorata, hizo caer sobre ella torrentes de las montañas, y de veinte mil ciudadanos que contenía no se libtó más que un sacerdote. Pero ayudando la política y las traiciones á los españoles, se apoderaron de los jefes, apaciguaron á los demás habitantes, y el último vástago de los Incas estuvo prisionero en Ceuta hasta 1820, época en que se proclamó la Constitución (5).

Sin embargo, las artes y la civilización europea se introducían en aquellas comarcas. Carlos Quinto fundó en 1545 una universidad en Lima, con tres colegios reales, que por momentos contaron doscientos maestros y tres mil discípulos. Otros vegetales fueron á aumentar el número de los que los indígenas cultivaban ya, y útiles animales enriquecieron el suelo que ayudaron á fecundizar.

(4) Tal vez se ha formado una idea exagerada de la población de América. Preténdese que fray Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, probó en 1551 la existencia de 8.285.000 indios en el Perú. Humboldt pone en duda el hecho, en atención á que no se encuentran rastros en los archivos; pero cómo no tener en cuenta el censo hecho en 1793 por el virey Gil Lemus, que probó haber una población de 6.000.000?

(5) Los españoles tuvieron cuidado de tener estos hechos ocultos, y apenas se oyó hablar de ellos en Europa sacamos estos datos de las memorias del general Miller publicadas en Lóndres en 1828.

CAPÍTULO IX

AMÉRICA MERIDIONAL.—ELDORADO.

Hacia la tercera parte de un siglo que se hallaba descubierto el continente americano, y ya aquellos intrépidos aventureros se habían estendido por todos los sitios, y las mismas expediciones, las mismas crueldades, el mismo valor, se reproducían en todas las partes del Nuevo Mundo. Separados de su patria, olvidaban en medio de las maravillas de la naturaleza y de los prodigios verificados por su audacia, que no eran más que los instrumentos de un poder distante; y se arrojaban con el entusiasmo de la convicción y del interés personal donde los aguardaban descubrimientos ó conquistas.

En el momento en que algunos de ellos trataban de someter á Chile, otros se adelantaban en dirección opuesta. Desde el golfo de Darien, Vellido ganó la estremidad del Perú, recorriendo una distancia de mil doscientas leguas á través de montañas y selvas desiertas, la más audaz correría que la historia conoce. Benalcazar, oficial de Pizarro, sometió á Quito en medio de los Andes, uno de los más hermosos países del mundo. Pero Alvarado, que había merecido peleando á las órdenes de Cortés, ser nombrado gobernador de Nueva España, creyendo que Quito dependía de su jurisdicción, invadió el país, y con esfuerzos dignos de admiración si hubiesen sido determinados por motivos menos innobles, encontró á Benalcazar. Estaban á punto de llegar á las manos, cuando comprendieron que era una locura el disputarse un país que unidos apenas podrían defender; en su consecuencia, Alvarado se contentó con una suma de dinero.

España y Portugal no habían podido avenirse con respecto á la posesión de las islas Molucas, donde los unos habían arribado por el Este y los otros por Poniente. Habiendo quedado sin resultado la conferencia de Badajoz, España mandó á las

islas para sostener sus derechos, seis barcos mandados por Ignacio Loaysa, con Sebastian de Cano por piloto, y 3.000 combatientes á bordo. Pasaron el estrecho de Magallanes; pero sufrieron en el Océano Indio una furiosa tempestad que dispersó la escuadra. Loaysa y Cano perecieron, sus compañeros arribaron á las islas de los Ladrones, y desde allí á las Molucas, donde se dedicaron á hacer la guerra á los portugueses, y acabaron por sucumbir casi todos.

Pero la *Patuca* y otro barco ligero, que se habían encontrado separados de la escuadra, anduvieron errantes sin provisiones. El único recurso de los que los tripulaban, eran algunas aves que podían coger al vuelo. Una gallina que cada día ponía un huevo, valía entonces mucho más que todos los tesoros que habían ido á buscar, y su propietario no admitió por ella 1.000 ducados. Reducidos á la última estremidad, no aguardaban ya más que una muerte dolorosa, cuando distinguieron una tierra poco distante, pero estaba erizada de escollos y defendida por salvajes armados. Por dicha, era la costa de Méjico, desde donde los conquistadores españoles les enviaron pronto socorros.

Informado Cortés por aquellos naufragos, hizo marchar á Saavedra para prestar ayuda á los que hacían la guerra en las Molucas, donde no se sorprendieron poco de saber que venían directamente de Nueva España; tan inconexas eran aun las cartas, y mal conocida la situación de aquellos países. Saavedra descubrió varias islas en su camino, y fué el primero de los navegantes que señaló la inmensa utilidad de un canal á través del istmo de Darien. Pereció en aquel viaje.

Al paso que los españoles tardaban en establecerse en el río donde Solís había hallado la muerte, Sebastian Cabot, enviado á pasar de nuevo el